

ACTAS DEL
VIII CONGRESO INTERNACIONAL
DE LA
ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE
LITERATURA MEDIEVAL

SANTANDER

22-26 de septiembre de 1999

PALACIO DE LA MAGDALENA

Universidad Internacional

Menéndez Pelayo

Al cuidado de

MARGARITA FREIXAS Y SILVIA IRISO

con la colaboración de Laura Fernández

CONSEJERÍA DE CULTURA
DEL GOBIERNO DE CANTABRIA
AÑO JUBILAR LEBANIEGO
ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL
SANTANDER

•MM•

ACTAS DEL
VIII CONGRESO INTERNACIONAL
DE LA
ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE
LITERATURA MEDIEVAL

SANTANDER

CONSEJO DE ASESORES
FACULTAD DE LA MAGISTERIA
UNIVERSIDAD DE CANTABRIA
SANTANDER

Al cuidado de

MARGARITA BRIBAS Y SILVIA BRISO
con la colaboración de Laura Rodríguez

© Asociación Hispánica de Literatura Medieval

Depósito legal: SA-734/2000

Carolina Valcárcel

Tratamiento de textos

Gráficas Delfos 2000, S.L.

Carretera de Cornellá, 140

08950 Esplugues de Llobregat

Impresión

PEDAGOGÍA Y «AMICITIA»: LOS DIÁLOGOS LATINOS DE PEDRO CIRUELO

ESTHER GÓMEZ SIERRA

Universidad de Manchester

Con estas palabras trata Martín de Soria la sintética semblanza de Ciruelo, cuya trayectoria vital está marcada por el estudio y la Iglesia. Curso astrológico y matemáticas en Salamanca; marchó a París en 1498; en 1502 volvió a España a enseñar filosofía, donde se ordenó sacerdote y ganó una cátedra de filosofía. Trabajó durante sus temporadas en la Universidad de Zaragoza hasta que decide cambiar el título de ser profesor en su tierra natal por el relativo honor de verse rectorado por Cisneros para la cátedra de

PETRUS Ciruellus Darocensis, es decir, Pedro Sánchez Ciruelo (Daroca, 1470 - Salamanca, 1548/1554?) escribió dos diálogos latinos. El primero, cuya *editio princeps* aparece en París, en 1498, se titula *Disputatorius dyalogus in additiones immutationesque opusculi de sphaera mundi nuper editas*, y es el capítulo final del comentario de Ciruelo al célebre *Tratado de la Esfera*, de Johannes de Sacrobosco.¹ Brocar publica por primera vez el segundo en Alcalá (1519) bajo el título de *Declarativus dialogus per hebdomadem distributus*; como su nombre indica, es la *declaratio* correspondiente a la introducción –o *introductio logicalis*– del tratado *Prima pars logicae ad veriores sensus textus Aristotelis* (Biblioteca Nacional de Madrid, R/16.114 y R/29.618). La excepcional longevidad de este autor hizo que sobreviviera a Nebrija y Cisneros, e incluso a Garcilaso y Boscán, emblemas del Renacimiento poético; por su formación y el contenido de la mayoría de sus escritos, se presenta como un nominalista interesado sobre todo por la enseñanza y la divulgación de lo aprendido en los colegios parisinos; por su carrera y relaciones con la *élite* intelectual del momento, aparece como un hombre del Cardenal que acude a su llamada cuando la Universidad de Alcalá se pone en marcha. Mi propósito es sugerir que Ciruelo, con el paisaje del humanismo hispánico al fondo, resulta ser un personaje de originalidad y vitalidad considerables que –a pesar de sus limitaciones– anima el final del otoño, y aun el invierno de la Edad Media española. La actitud intelectual que

¹ Citaré por la edición moderna (con traducción al español) del *Disputatorius dyalogus* basada en la *princeps*: C. Flórez Miguel, P. García Castillón y R. Albares Albares, *Pedro Sánchez Ciruelo: una enciclopedia humanística del saber*, Caja de Ahorros, Salamanca, 1990. He consultado también la edición de 1515 [Jehan Petit, París] (Biblioteca Nacional de Madrid, R/22.478). Por razones desconocidas, los editores modernos no incluyen el texto de la *Esfera* con las adiciones de Pierre d'Ailly y Ciruelo, cuyo título original es *Uberimum sphaera mundi commentum intersertis etiam questionibus domini petri de Aliaca*. Mis fuentes para la reconstrucción de la biografía de Ciruelo son la introducción a la edición moderna, junto con las informaciones dispersas en la bibliografía citada, más el resumen de su vida y obra en G. Díaz y Díaz, *Hombres y documentos de la filosofía española*, II, C-D, CSIC-Instituto de Filosofía «Luis Vives», Madrid, 1983, pp. 330-332.

despliega en los textos mencionados, y el uso consciente por su parte de la forma dialógica que los determina, combinados con una posición claramente afectiva respecto a la enseñanza y recepción de conocimientos, configuran tal originalidad.

«BUENAS COSTUMBRES Y MUY HONESTA VIDA...»

Con estas palabras traza Marineo la sintética semblanza de Ciruelo, cuya trayectoria vital está marcada por el estudio y la Iglesia.² Cursó astrología y matemáticas en Salamanca; marchó a París en 1492; en 1502 volvió a España, a Sigüenza, donde se ordenó sacerdote y ganó una cátedra de filosofía. Trabaja durante una temporada en la Universidad de Zaragoza hasta que decide cambiar el orgullo de ser profeta en su tierra natal por el relativo honor de verse reclamado por Cisneros para la cátedra de *prima* de la Universidad de Alcalá, mientras que la de nominales sería para su amigo Gonzalo Gil —en quien, por cierto, se inspira el personaje *Burgensis* del *Disputatorius dyalogus*.³ Diez años después se convertiría en el Magistral de la catedral de Segovia. Hacia mediados de los años treinta parece estar de vuelta en Salamanca, donde morirá década y media más tarde. Las impresionantes dimensiones de la obra dejada por Ciruelo dan prueba de su férreo compromiso con el saber y su enseñanza, y permiten afirmar que se veía guiado por un cuasi ciceroniano deseo de contribuir al bien público tanto como por su amor a la verdad. En palabras de *Darocensis*, el personaje del *Disputatorius dyalogus* basado en Ciruelo:

D. Nec enim nobis ideo nomen aliquod speramus (si tamen querendus honos est) quod tanti auctoris verba nonnunquam et sententias inmutaverimus, sed quod veritatem (uti dominus concessit) plene patefacere anhelantes ea inserimus que nobis necessaria visa sunt ex egregiis sapientium virorum monumentis excerpta (p. 140).

Al contrario que el reputado Siliceo, carecía de esnobismo autopromocional, aunque no de orgullo; parece ser que su rechazo a latinizar su rústico apellido, junto con la modestia de su físico, fueron decisivos a la hora de cerrarle el paso al puesto de tutor del príncipe Felipe, el futuro Felipe II. Sin embargo, sus discursos en los funerales de Cisneros y Nebrija prueban que Ciruelo era una figura importante en la vida pública del momento. Fue un trabajador incansable hasta el final de su vida; según atestigua Alvar Gómez, quien de niño «lo conoció en Alcalá en edad adelantada, pero

² Lucio Marineo Sículo, *De las cosas memorables de España*, Miguel de Eguía, Alcalá, 1530, (fol. Ccxliiii), «De Pedro Ciruelo, varon doctissimo».

³ Un sintético panorama de la vida universitaria española en el momento y de sus conexiones con la parisina se hallará en M. Bataillon, *Erasmus y España. Estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI*, Fondo de Cultura Económica, México, 1966, pp. 16-18.

muy robusto», era fama «que el día más agradable para el Maestro Ciruelo era en el que las gentes de esta ciudad tenían diversiones públicas, pues ... gozaba de la tranquilidad y quietud que él apetecía en su retiro».⁴ En su vejez siguió publicando en latín obras de menor repercusión, aunque la muy reimpresa y citada *Reprovação*, en romance, pertenece también a esta fase de su carrera.

LA EXPERIENCIA PARISINA

Entre 1492 y 1502, Ciruelo estudia, enseña e incluso comienza a publicar en París. Alrededor de esas mismas fechas, un grupo de españoles destaca por su presencia y actividades en la ciudad: Gaspar Lax, Juan de Celaya, Jerónimo Pardo, Miguel Francés y Antonio Ramírez de Villaescusa —a la sazón escritor de una serie de diálogos latinos sobre la muerte del príncipe don Juan, hijo de los Reyes Católicos, publicados en 1497.⁵ Este momento de la escuela parisiense, estudiada por autores que van desde Pierre M. Duhem a Vicente Muñoz Delgado, se caracteriza por su eclecticismo: al lado del grupo de los escoceses, y en medio de las querellas entre escolásticos y terministas, es patente la influencia de los *calculatores* ingleses, del nominalismo en general y, en especial, de la herencia de Guillermo de Ockham, quien abrió las puertas a la independencia de pensamiento y ayudó a definir las diferencias entre significado y objeto; subrayando a la vez la importancia de los conceptos; esta posición, llevada al extremo, conduciría a los excesos y distorsiones tantas veces criticadas. Dicho sea de paso, los nominalistas rechazaban oficialmente el tomismo, aunque algunos (entre los que se cuenta el propio Ciruelo) se vieron en la tesitura de manejarlo y aun de tener que enseñarlo.⁶

La ciudad está presente tanto en el *Disputatorius* como en el *Declarativus*. Es el escenario del primero: *Darocensis*, el trasunto de Ciruelo, va caminando por ella —en concreto,

⁴ Félix de Latassa, *Bibliotheca nueva de los escritores aragoneses que florecieron desde el año de 1500 hasta 1599*, I, Joaquín Domingo, Pamplona, 1798-1802, pp. 182-191 (esp. p. 183).

⁵ Véase R. García-Villoslada, *La Universidad de París durante los estudios de Francisco de Vitoria, O.P., 1507-1522*, Universitas Gregoriana, Roma, 1938, especialmente los apartados finales. Sobre el último autor citado escribe F.G. Olmedo, *Diego Ramírez de Villaescusa (1459-1537), fundador del colegio de Cuenca y autor de los cuatro diálogos sobre la muerte del príncipe don Juan*, Editora Nacional, Madrid, 1944. Hay edición y traducción, útiles aunque mejorables, de estos *dialogi*: V. González Sánchez, *Cuatro diálogos que tratan sobre el infuasto día en que murió el Príncipe don Juan, heredero de España*, Diputación Provincial, Jaén, 1997.

⁶ P. Duhem, *Le système du monde. Histoire des doctrines cosmologiques de Platon a Copernic*, X, Hermann, París, 1959; E. Gilson, *La Filosofía en la Edad Media*, Gredos, Madrid, 1985; V. Muñoz Delgado, «La obra lógica de los españoles en París (1500-1525)», *Estudios*, XXVI (1970), pp. 209-280; «Lógica Hispano-Portuguesa hasta 1600 (notas bibliográfico-doctrinales)», *Repertorio de historia de las ciencias eclesiásticas*, IV (1972), pp. 9-122; «Nominalismo, lógica y humanismo» en *El erasmismo en España*, ed. M. Revuelta Sañudo y C. Morón Arroyo, Sociedad Menéndez Pelayo, Santander, 1986, pp. 108-174.

por el barrio de St. Germain— mientras da rienda suelta a sus preocupaciones a propósito del libro que acaba de escribir, un comentario a la célebre y muy traducida y comentada *Esfera* de Sacrobosco. Encuentra casualmente a *Burgensis*, cuyo consejo solicita para poner remedio a la zozobra que le invade. La subsiguiente disputa se desarrolla en la calle, entre la universidad y el Sena. El entorno, civilizado y a la vez abierto, tiene algo que ver con los lugares de los filósofos antiguos. Apenas hay una descripción detallada y, cuando se menciona algún elemento, como el río, es porque cumple una función no sólo simbólica, sino también caracterizadora. Nada más empezar el diálogo, *Burgensis*, con inocente y verbosa pedantería, se entusiasma al evocar las explicaciones geométricas de *Darocensis*, que ve ejemplificadas por los rayos de sol y su reflejo en el agua; la respuesta de este último revela su lacónico humor, a la vez que confirma su superioridad dialéctica gracias al contraste entre la copiosa ingenuidad de su interlocutor y su propio autodomínio verbal, que se traduce en un rápido cambio de tema:

B. Quid hic labentis Sequane fluxus spectans agebas? An reflexos occumbentis solis radios specularere? Expertusne es in concursu radii cum catheco ymaginem apparere uti perspectivam communem explanans nobis demonstrasti?

D. Id ipsum. Sed tu quid mihi subtristis veniens videbare?

El río posee además el irresistible atractivo de un bello símbolo del conocimiento que la tradición se encarga de legitimar; sus caudalosas aguas representan a la ciencia y su manera de progresar por acumulación: «D. Scientiarum velut fluminum teste philosopho per continuam additionem fiunt incrementa». Los afectos personales se entrelazan también con la ciudad que los vio surgir. El texto se escribió cuando Ciruelo y Gil estaban juntos en París, y es posible detectar cierta euforia por encontrarse en el lugar y momento adecuados, por pertenecer a una *élite* intelectual —«nostri Parisii philosophi». Los personajes, *Darocensis* y *Burgensis*, no están «sepelidos ya de días», sino vivos y coleando. La simultaneidad de la ficcionalización prueba el buen entendimiento entre Ciruelo y Gil, y es muy posible que a este último le proporcionara un doble y acaso agrídulce placer: el de verse inmortalizado en un texto que alcanzaría amplia difusión, y el de sentirse el centro de la competitiva atención de su amigo gracias a los comentarios jocosos que su *alter ego* textual recibe de su oponente (véase más abajo, cuando *Darocensis* compara a *Burgensis* con la hidra debido a su resistencia dialéctica). Gestado en el estudio segontino, aunque publicado desde Alcalá, el *Declarativus* está impregnado de nostalgia de París, que funciona como escenario ausente. La ciudad y su universidad, unidas a la pasada juventud del autor, se evocan con propósitos diversos. Primeramente, contrastan de manera implícita con la anonimidad del lugar en que se halla ahora («hoc tenui hospitio») en palabras de *Fernandus*, el personaje que desempeña la función de *Adolescens*, polo opuesto de las intrigas y actividad de la curia. El *Magister Petrus* —otro trasunto textual, aunque menos elaborado, de Ciruelo— ensalza con veneración la dureza de los métodos de enseñanza parisinos y subraya el contraste entre sus dóciles alumnos y los al parecer

indómitos hispanos: los de París permanecen «sub preceptoris ferula», nunca toman la palabra sin el debido respeto («nunquam in eorum presentia nisi detecto capite loquantur») y sufren gustosos la incomodidad y las largas jornadas de aprendizaje bajo la autoridad del maestro («super nudam terram iaceant in lectionibus; numquam denique a domo exeant sine superioris facultate expressa: et id quidem raro»), por no hablar de los castigos corporales («Addo quod difficiliter iudicaveris –continúa *Magister*– in omnibus suis erroribus more grammaticorum vergis vimineis percutiunt»). El ejemplo causa la admiración del tercer personaje en liza, *Iohannis Puer*, quien toma buena nota del mensaje escondido en el relato: para ser alumno de *Magister* tendrá que someterse a él con confianza ciega, y así lo expresa verbalmente. Dice *Puer*: «O, miram scholarium patientiam: O, incredibilem adolescentium humilitatem: O, vix imitabilem ab hispanis morigerationem ... Age mecum ut lubet» (todas las citas en fol. Ba) –si bien es cierto que su posterior conducta en el diálogo delata una mayor autonomía que la que cabría esperar no sólo de sus homólogos parisinos, sino de cualquier *Puer* bajo la supuesta férula de dos maestros, *Petrus* y *Fernandus*. *Magister* es prueba palpable de las bondades pedagógicas de París; allí perfeccionó su dominio del «arte memorativa», de tal forma que hasta consiguió retener en la cabeza las dos primeras partes de la *Summa Theologica* (fol. Gvib-c). De regreso a España sigue defendiendo los méritos de su *alma mater*, y así lo muestra en la narración de un *casus iocosus* que pone en evidencia la falta de luces de «unus hispaniensium philosophorum plus quam mediocriter doctus in oculis multorum», el cual se había atrevido a criticar la posición parisina sobre los predicables («ipse vituperans intelligentiam modernorum parisiensium in hac materia»). La respuesta de *Magister* ocasionó la risa de los presentes en el encuentro con el «philosopho», y la del «philosopho» mismo, pero la risa no surgió del entendimiento, sino del ridículo en que este último había caído sin darse cuenta («M. Ridebamus ad alterutrum: ille quippe meam –ut putabat– ineptam et disparatam responsionem: ego vero suam inspiciens ruditatem; ignorantiam; et indoctam illationem», fol. Evib). El honor de la «parrisiorum achademia», como se la denomina elogiosamente en folio Cia, queda a salvo gracias a Ciruelo.

EL «DISPUTATORIUS DIALOGUS» O LA «AMICITIA» PEDAGÓGICA⁷

El *Tratado de la Esfera*, escrito por Johannes de Sacrobosco (o Holywood) a mediados del siglo XIII, es el libro de astrología más comentado y difundido hasta pasado el fin de la Edad Media.⁸ El comentario de Ciruelo introduce diversas innovaciones en

⁷ Este apartado resume y aporta nuevos datos a E. Gómez-Sierra, «Home and away in Paris: Pedro Sánchez Ciruelo and his *Disputatorius Dialogus*», en *Latin and Vernacular in Renaissance Spain*, ed. B. Taylor y A. Coroleu, Department of Spanish and Portuguese Studies-University of Manchester, Manchester, 1999, pp. 83-104.

⁸ Véase L. Thorndike, *The 'Sphere' of Sacrobosco and its Commentators*, University of Chicago Press, Chicago, 1947, donde se menciona a Ciruelo (p. 41), cuyo comentario no se estudia.

los contenidos originales –que él presenta conjuntamente con las *Questiones* de Pedro de Aliaco–, como la teoría alfonsina de las diez esferas o las ideas de Alfragano. En este contexto, el *Dyalogus* cumple diversos cometidos: justifica las atrevidas correcciones de Ciruelo a las ideas de Sacrobosco; funciona como una crítica del propio texto orquestada a través del intercambio de los dos personajes en liza, crítica cuyo previsible dictamen resulta claramente favorable a Ciruelo en su papel de autor y, por último, ejemplifica y consolida el rechazo de Ciruelo hacia la idea de autoridad como principio irrefutable –aunque la autoridad como cimiento que demanda el tipo de sabiduría generado por una cadena de pensamiento siempre alerta actúa en el *Dyalogus* de manera teórica y práctica.

La relación entre *Darocensis* y *Burgensis* sirve para articular todos estos objetivos. Se sabe que Gil mantenía una estrecha amistad con Cisneros y llegó a viajar con él a la campaña de Orán; aunque menos prolífico que Ciruelo, su erudición, amabilidad y simpatía eran conocidas.⁹ Estas cualidades bien pueden haber sugerido a Ciruelo la figura de su amigo como inspiración para el personaje del *Dyalogus*, cuyo argumento es sencillo: tras encontrarse en la calle, los dos igualmente preocupados por lo que ha supuesto la aparición del libro de *Darocensis*, éste le pide consejo a *Burgensis*, el cual responde con una serie de *propositiones* que forman la *contentio*. En el primer momento de la discusión se debate sobre la importancia de las *auctoritates*, refutables según *Darocensis*. Se habla de Aristóteles, San Jerónimo y San Pablo, y se hace especial hincapié en el enfrentamiento entre San Jerónimo y San Agustín. El impetuoso *Darocensis* presenta tantas y tan convincentes pruebas que *Burgensis* termina por rendirse y admitir que está en lo cierto: «Subcumban tandem ut video» (p. 142). La segunda parte comienza cuando *Burgensis* va en busca del comentario a Sacrobosco escrito por su amigo («Ecce adest», p. 152), y ambos se dedican, según costumbre escolástica, a comentar diversos pasajes. Al final –y de nuevo– *Burgensis* se declara abiertamente a favor de las opiniones de *Darocensis*: «Non parum commodi hac tua editione adducturum coniiicio, qui materiam istam omnibus pene difficillimam tua opera sic perviam effeceris». El resto del diálogo se desarrolla en un clima de total acuerdo entre los caracteres, con el reconocimiento ahora de la sabiduría de *Burgensis*. En la *conclusio*, *Burgensis* da su *nihil obstat* al libro de *Darocensis*/Ciruelo y con ello le sigue el juego a su interlocutor: el desarrollo del diálogo prueba que la inicial actitud de *Darocensis* –de humildad y búsqueda de consejo– era sólo una manera de aprovecharse de la relativa inocencia intelectual de *Burgensis* para confirmar su propia postura. Al situar a *Darocensis* en un plano de falsa y deliberada inferioridad como punto de partida, Ciruelo consigue crear un interesante clima de armonía y afecto

⁹ Además de R. García-Villoslada, *La Universidad de París*, III, E-G, pp. 383-384 y 444, y M. Bataillon, *Erasmus y España*, véase G. Díaz y Díaz, *Hombres y documentos*, CSIC-Centro de Estudios Históricos, Madrid, 1988, pp. 456-457.

entre los personajes que propicia la aparición de referencias jocosas a lecturas comunes o da pie a las carcajadas:

D. Nondum Hyeronimum legisti mira de eius laudibus scribentem?

B. Recte ais. Monstrum ei nomen indidit.

D. Facetus es. Sed missa istec ridicula facias (pp. 138-140).

B. Notandum inquit quod sol habet unicum circulum per quem movetur in superficie lineae ecliptice et est eccentricus.

D. Rides ut opinor absonum elocutionis exordium.

B. Ita est sum namque petulanti splene cachino (p. 174).

También se producen rápidos intercambios verbales que reflejan el calor del debate y su tira y afloja a través de la técnica del eco:

D. Et tu haudquaquam hoc recte factum arbitraberis?

B. Recte?

D. Quid ni?

B. Quid? Quod virum tam multa etate probatum nequaquam sine dedecore a quopiam incusari posse existimo (p. 138).

Esta técnica no sólo sirve para expresar desacuerdo, sino que tiene asimismo un valor *ad hominem*, ya que pone en cuestión la manera en que el interlocutor usa el lenguaje y, por lo tanto, sus aptitudes de disputador. Pero el tira y afloja es inseparable de la tensión afectiva, y de los retos que provocan interés y admiración zumbona. Se trata de esa cortesía paradójica en la que la burla implica amor y la formalidad linda con la frialdad:

B. Est etiam aliud quod te ab hoc opere potissimum arceat et tu ipse cum noveris facile acquiesces.

D. Et quidnam illud est?

B. Scies postea, inceptum nunc sequere.

D. Truncato capite oriri capita video (pp. 142-144).

El ejemplo, con su alusión a la hidra, presenta múltiples aplicaciones: reafirma los vínculos entre los caracteres y subraya su mutuo entendimiento de fondo, y paralelamente refuerza la complicidad con el lector, quien al identificar el objeto aludido siente la satisfacción de haber resuelto el acertijo y de compartir un mundo de referencias. Además, es al mismo tiempo un cumplido y un asalto a la inteligencia de *Burgensis*, ya que por un lado *Darocensis* da a entender que como interlocutor su colega es igual de peligroso que la hidra y por otro lo equipara con un animal feo y repulsivo, un monstruo al fin y al cabo; el recurso subraya de nuevo la supremacía dialógica de *Darocensis* —y, de paso, la gamberra inmodestia de Ciruelo—, ya que su identificación con Hércules es inevitable.

Del análisis de la relación entre los personajes se deduce que los papeles de *Darocensis* como necesitado de consejo y de *Burgensis* como examinador, crítico literario y censor forman parte del primer nivel del texto, es decir, de su apariencia polémica. Ciruelo fabrica en *Burgensis* al interlocutor a medida, capaz de combinar el grado justo de debilidad para permitir el triunfo de los argumentos de *Darocensis* con la capacidad discursiva y científica para situarse casi al mismo nivel de su oponente:

B. Callidus certe es, novo adhuc prohemio uteris narrationem spectans invocastin?

Te non ab re semper amavi qui michi ita iucundus sis, sed nunquam me hodie nisi contentus deferes.

B. At qui hoc vel maxime opto (p. 144).

El aprecio de *Darocensis* por *Burgensis* queda explícito al final, cuando este último se ausenta un momento. El primero no sólo se congratula en un breve monólogo de haberle hecho un favor a un amigo, puesto que lo ha apartado de una creencia errónea: «amicum ita a stulta estimatione deiecerim», con la explícita unión de las relaciones amistosa y docente, también, y de forma obviamente interesada, elogia el buen entendimiento de su colega, frente a la predecible cerrilidad de otros que acaso no acojan sus ideas de tan buen grado o no sepan comprenderlas:

D. Grande aliquid michi hodie effecisse videor qui amicum ita a stulta estimatione deiecerim, profuit tamen unum quod etsi nonnunquam verbis tantum pugnatum est ubi tamen veritatem ratio monstravit illico acquiescere videbatur; sed scio aliorum pertinaciam hac via deleri non posse, qui et multi sint et nulla prorsus ratione ducantur. Sed eccum ipsum redeuntem (p. 178).

Gracias a la autorizada aquiescencia y el apoyo de *Burgensis*, Ciruelo puede arrogarse el papel de nueva *auctoritas*, y ejercer, como los Aristóteles y Agustines del mundo, la crítica de su predecesor Sacrobosco, que se materializa en la publicación del *Uberrimum commentum*. Aquí confluyen la realidad textual y la realidad cotidiana o tácitamente consensual, gracias a un artificio similar al recurso utilizado después por el *Diálogo de la Lengua* valdesiano y por Cervantes, cada cual a su modo: el *Dyalogus* forma parte inseparable del *Uberrimum commentum*, es decir, la aprobación al texto se pide y concede en la ficción después de que éste ya se haya publicado. Consciente de que los lectores lo identificarán con *Darocensis*, y a *Burgensis* con Gil, Ciruelo recrea en el *Dyalogus* los vínculos que le unen a su amigo, al tiempo que define para ambos un perfil específicamente textual que es inseparable de –pero en absoluto igual a– sus identidades personales. Los caracteres existen en la medida en que pertenecen a una comunidad intelectual específica; van designados por sus *noms de plume*, no sólo por los familiares *Petrus* y *Gonsalus*; nos dan una muy limitada información de las circunstancias de su vida en París; apenas hablan de su pasado o de sus planes... Sus intereses se centran en dos grandes temas, la autoridad científica y la astrología, ninguno de los cuales parece haber sido prioritario para Gil, cuya obra consiste en comentarios a la filosofía aristotélica y en textos sobre África. La amistad textual, por

otro lado, recibe una prolongación con la oda de Gil a Daroca, patria chica de Ciruelo, que cierra la obra. Otra prolongación, ésta más triste, precede al colofón de una edición alcaláina de su comentario a Sacrobosco (Miguel de Eguía, 1526), y consiste en un breve y emocionado recordatorio de las virtudes de Gil, a quien desde ese momento y para siempre sobrevivirá *Burgensis*, su reflejo impreso:

Nuperrime vero post obitum felicissimum nostri Gunsali: filii primum deinde fratris in Christo charissimi (viri nempe in tota Hyspania suo tempore celebratissimi: & merito quidem: quoniam pergrandi erat ingenio multaue literarum facundia preditus) hoc idem opusculum recognovimus.

EL «DECLARATIVUS DYALOGUS», O LA PEDAGOGÍA AMISTOSA

Al contrario que el anterior, este diálogo se presenta bajo una envoltura claramente pedagógica, en correspondencia con su carácter de *declaratio* a la introducción del tratado *Prima pars logices*.¹⁰ Tras completar sus estudios en el extranjero, *Magister* —nueva representación textual de Ciruelo, como ya se ha señalado— decide consagrar su «ocium ... sanctum» a desbastar los ingenios de los «rudibus iuvenum animis» (fol. Avia). Para ello, nada más indicado que el cultivo de las artes liberales, cuyo primer requisito es el conocimiento de la lógica. Aristóteles, Porfirio, Agustín, y Avicena serán las fuentes básicas de la discusión. Sin más preámbulos aparece *Adolescens* (Fernandus); él y *Magister* convienen en formar equipo docente para instruir al *Puer Iohannis*. Es de destacar cómo en el primer intercambio entre *Magister* y *Adolescens* se produce una situación casi gemela —aunque más explícita— a la del inicio del texto antes analizado; tras recibir el fervoroso elogio de *Adolescens* por su talento («tanta est tibi explicandi gratia divinitus concessa», fol. Avib) y por su renuncia a las vanidades del mundo, *Magister* responde con tajante rechazo a las que califica de palabras adulatoras, y añade una admonición moral de signo escatológico que no tendría cabida en el *Disputatorius*:

Conemur ergo fili in secreto cordis cubiculo deum nostrum possidere per intellectualem meditationem et affectualem fruitionem sicque beati erimus. Simus namque redimentes tempus huius vite secundum Apostoli Pauli documentum quem dies mali sunt: et senescente iam mundo instant tempora periculosa (fol. Avic).

¹⁰ Véase V. Muñoz Delgado, «La lógica en Salamanca durante la primera mitad del siglo XV», *Salmanticensis*, XIV (1967), pp. 171-207 y, sobre todo, «La lógica como *scientia sermocinalis* en la obra de Pedro Sánchez Ciruelo», *Estudios*, XXII (1966), pp. 23-52; en las pp. 28-32 se da un resumen de la doctrina lógica manejada en el *Declarativus* y se hace un recuento de los autores implicados. Muñoz Delgado, que califica a la obra de «curiosa» y «notable», subraya la originalidad en la elección del diálogo, «género literario pocas veces empleado para explicar lógica» (p. 28).

A través de este fragmento de ficción dialogada, el autor gana por partida doble: tanto sus méritos intelectuales como su graciosa y cristiana modestia –un mérito superior– quedan registrados en su trasunto textual.

El *Declarativus* abarcará los siete días de la semana, que se van relacionando en los títulos con los días de la creación. El primero, domingo, se dedica a determinar el nivel de conocimientos de *Puer*, y a proporcionar sus señas personales: tiene catorce años, y por lo tanto se encuentra al final de la niñez; ha decidido dedicarse a la vía más difícil de la carrera eclesiástica, la Teología; sabe que «labor improbus inquit poeta omnia vincit» (fol. Avid), y demuestra ser de una agudeza e ingenio excepcionales: «Peracute atque ingeniose multum ex verbis meis intentionem rectam concepisti» (fol. Biia), aprueba *Magister*. Está, además, impaciente por aprender. Incluso podemos verle la cara gracias a las creencias fisiognómicas de *Magister*, procedentes de Aristóteles: «caput habe decentis figure et quantitatis: capillis hispidis: lato fronte: oculis concavis: naso aquilino: superciliis semicirculariter elevatis: et dentium minorum equali situatione compositum» (fol. Biiic).

En el coloquio se hablará de las partes de la oración, de los términos, de los *modi significandi*, de las relaciones entre lenguaje y realidad. Desde el principio, los personajes se dirigen unos a otros con el máximo de amabilidad y cariño, especialmente por parte de los dos personajes mayores hacia el más joven, que les corresponde con fervorosa admiración. *Puer* exclama ante la sabiduría de *Adolescens*: «P. O, utinam tempus daretur, optime Fernande, quo particulatim ista mihi suggereres imbecillitati atque inertie huius pueritie decentibus consulens exemplis» (fol. Cva), y compara a *Magister* con su tocayo San Pedro: «quem primi pastoris Ecclesie christiane apostoli Petri non modo habitum exteriorem: verum etiam animi qualitatem magna ex parte emulatur» (fol. Ciib); es notorio el paralelismo con un momento del *dies primus* en el cual *Magister* instaba a *Puer* a que hiciera honor a su nombre, a la sazón el del Bautista. A instancias de *Magister*, *Adolescens* y *Puer* mantienen una relación fraternal que implica el trazado de vínculos paternofiliales entre el mayor y el más joven. Las jornadas docentes no se desarrollan a través del simple adoctrinamiento del maestro a sus discípulos, sino que desde el *dies secundus* toman una estructura que se va repitiendo con mayor o menor variación: es *Adolescens* el que se dedica a la instrucción de *Puer*, y *Magister* acude al final para comprobar los progresos de este último y solucionar las dudas surgidas en la discusión. Al comienzo de cada *dies* suele haber una breve peroración de *Magister* relacionada con aspectos pedagógicos y religiosos: el elogio del estudio matutino en el *dies tertius*, la referencia en el *quartus* al valor cognoscitivo del sueño o el canto al viernes como día «divinior» que tiene lugar cuando comienza el *sextus*. Las intervenciones finales de *Magister* cumplen propósitos diversos: complementan y aclaran lo expuesto por el algo pedante *Adolescens*, siempre pendiente de citar *auctoritates* y a veces proclive a darse pisto ante el boquiabierto –pero nunca falto de recursos– *Puer*; tranquilizan a este último cuando se ve sobrepasado por la dificultad de algunos temas, por ejemplo, *Puer* expresa su temor ante un aspecto de

los sincategoremáticos y *Magister* confiesa benevolente: «In hac materia, bone fili, nemo est qui plenam certitudinem habeat sine formidine» (fol. Ciiiia); también sirven para dar paso, aún más abiertamente, a opiniones de Ciruelo sobre algún aspecto de lógica en que se sabe capaz de ofrecer una solución innovadora, y así la intervención de *Magister* se ve facilitada por la oportuna pregunta de *Adolescens*: «A. In hac questione sibi dissonos esse logicos doctores: quare rem nobis gratissimam facies si ad mentem et opinionem tuam questionem ipsam resolveris». El maestro contestará con presteza, y sin hacerse de rogar. Suele también dictaminar cuándo va a terminarse la jornada de estudio, aunque en alguna ocasión *Adolescens* y *Puer* lo harán por él (este último advierte de la puesta de sol al final del *dies tertius*: «Id iam exposcit temporis lapsus. Quem advesperascit et declinat dies», fol. Cva).

A medida que avanza, el diálogo se vuelve cada vez más enunciativo, hasta el punto de que al final se centra exclusivamente en aspectos de lógica y no pretende poner ningún sello relativo a las circunstancias de la conversación. En el *dies quintus*, Ciruelo contrarresta la escasez de elementos ficcionales con el relato del *casus iocosus* ya mencionado. Algunos símiles introductorios reflejan las aptitudes explicativas y relacionales de *Magister*: al principio del *dies quartus*, miércoles, se las arregla para llegar desde Mercurio y los planetas al sujeto y al predicado: «in doctrina ergo logicali cuius firmamentum est scriptura Aristotelica: velut duo luminaria censenda sunt propositionis logicę subiectum et predicatum; subiectum enim luminare minus apparet: et predicatum luminare maius» (fol. Cvid), y propone un símil marítimo, el «pelago terminorum», para abrir el *dies quintus*. Es posible que el papel de *Adolescens* como puente en la cadena de la transmisión del saber quiera reflejar la costumbre de proporcionar lecciones básicas a los alumnos aventajados para que se fueran ejercitando en las tareas docentes. Las repetidas referencias al texto —«Sequitur textus»— apuntan seguramente al hábito escolástico de trabajar en clase con él a la vista. Con todo, al repartir de forma oficial la *auctoritas* entre *Magister* y *Adolescens*, Ciruelo no sólo introduce un amago de perspectiva múltiple en la transmisión de los contenidos lógicos que le interesan, sino que pone en práctica de nuevo la idea nuclear, expuesta al comenzar el *Disputatorius*, de la renovación científica a través de la aportación de las sucesivas generaciones, incluso si la autoridad de *Adolescens* es, de momento, sólo para enseñar y no para teorizar. Queda sujeto a discusión si en realidad la autoridad no está repartida entre los tres personajes, en vista de la capacidad que *Puer* despliega para dirigir la discusión con sus preguntas y desviar a *Adolescens* del camino marcado; ante el reproche de *Magister* por el tiempo consumido en asuntos fáciles, *Adolescens* arguye: «Puer iste optime preceptor ultra communem aliorum naturam perspicacissimus est et mirabiles in his que diximus excitat argucias: quibus satisfacere volens moram aliquantulam traxi» (fol. Bvb-c). A mi juicio, y más allá de la resonancia cristológica que aporta el despliegue en público de una inteligencia precoz, el prodigioso *Puer* presenta demasiados rasgos en común con el Adeodato del agustiniano *De Magistro* como para que se trate de una pura coincidencia. Ambos son de la misma edad

y están dotados de una asombrosa perspicacia, mientras que combinan la fe en su propio intelecto y la curiosidad inagotable con el profundo respeto hacia el preceptor. Los tintes paternos del afecto de *Magister* tendrían, pues, un precedente en el cariño de padre metido a maestro que muestra Agustín. Por otro lado, no debe descartarse la posibilidad de que Ciruelo, a sus cincuenta años, sintiera la necesidad de trazar por medio de estos tres caracteres una velada autobiografía intelectual, gracias a la presentación simultánea de las distintas etapas en su aprendizaje: la del ejercicio del talento innato y la avidez ante todo lo que es desconocido y nuevo (*Puer*); la de la erudición recién conseguida, la ambición, y la adquisición —a la vez— de la conciencia de los propios límites (*Adolescens*); finalmente, la de la tranquila aceptación y el sosegado despliegue de la capacidad de raciocinio y producción de conocimientos conseguida gracias a la experiencia de casi cuarenta años (*Magister*).

TENDENCIAS ENCONTRADAS

Un estudio detallado de la obra de Ciruelo puede servir para matizar nuestra visión de las distintas corrientes que confluyen en el tránsito del siglo XV al XVI. Por lo que respecta a estas dos obras, la diferencia fundamental entre el *Disputatorius* y el *Declarativus* es que, mientras la discusión del primero se produce *inter pares*, con las salvedades ya vistas, en el segundo el intercambio obedece a un claro principio jerárquico, aun teniendo en cuenta los elementos de aproximación entre rangos que se han apuntado. Los dos textos son iniciatorios, si bien con arreglo a parámetros distintos: uno no sólo ofrece los principios de una ciencia —la «de la Esfera»— sino también los instrumentos para criticarla; el otro busca dar los fundamentos de un arte propedéutico, la lógica, aunque sin olvidar los aspectos sujetos a discusión.¹¹ Si el *Uberrimum commentum* arranca con una dedicatoria de tono triunfalista ante el progreso de las ciencias donde se elogia a Pico della Mirandola, el *Declarativus* no duda en recurrir a Nebrija en diversos lugares y en plantar cara al en su momento innovador Gregorio de Rímini (fol. Ciiib), cuya cátedra en Salamanca heredará a regañadientes Pérez de Oliva años después —más o menos por las mismas fechas en que el anónimo autor del *Viaje de Turquía* lanza sus invectivas contra el nebrisen- se.¹² Hay cierta semejanza temática entre el *Declarativus* y algunos diálogos de Vives

¹¹ Sigo para «iniciatorio» la definición de Ch. Perelman y L. Olbrechts-Tyteca: «La iniciación a una disciplina determinada consiste en dar a conocer las reglas, las técnicas, las nociones específicas, todo lo que está aceptado en esta disciplina, y la manera de criticar sus resultados en función de las exigencias de la propia disciplina», *Tratado de la argumentación: la nueva retórica*, Gredos, Madrid, 1989, p. 169.

¹² «Johannes Picus, italorum principum gloria nitidissimumque ornamentum, diebus hiis velut novum sidus emicuit. Qui omnium tam humanarum quam divinarum scienciarum fastigium adeo celeriter opti-»

contenidos en la *Linguae latinae exercitatio*, pero de ahí a afirmar que el latín de Ciruelo tiene una *elegantia* humanística media-un abismo que no me atrevo a cruzar, ni siquiera apoyada en su soltura sintáctica o en su capacidad para insuflar vida a los interlocutores, especialmente a los del *Disputatorius*. Lo que sí me parece digno de destacarse es que ninguno de los dos textos estudiados es del todo lo que aparenta: la creencia profunda en la autoridad —en una autoridad renovada y renovable por vía de la amistad intelectual— surge al rasgar la envoltura polémica del *Disputatorius*, y del *Declarativus* emanan una *charitas* y una preocupación por la distribución de la carga dialogal en principio no esperables de una rancia obra introductoria, donde además nunca se materializa la prometida rigidez metodológica a imitación de la usanza parisina. Mas si el primero transmite una euforia y un atrevimiento juveniles, en el segundo se aprecian las huellas de la ordenación sacerdotal de su autor, que acaso influyó también en su refutación a Pico (*Apotelesmata astrologiae christianae*, 1521), aunque a su vez este último nunca sobrepasara los límites de la ortodoxia. La experiencia personal de Ciruelo, probablemente nunca tan vívida como en los cruciales años de París sirvió de cimiento para su recreación de los vínculos entre los interlocutores de sus diálogos; y bien pudo haber funcionado como refuerzo teórico el bagaje al uso, mezcla de lugares comunes aristotélicos (*Ética a Nicómaco*, *Política*) y ciceronianos (*De amicitia*, *De officiis* filtrados a través del agustinismo —y enmarcados por el texto de las *Partidas*—) que se hallan en opúsculos tales como el *Tractado de amiçia*, de Fernán Núñez, o el más inadvertido *De amicitia verã e ficta ac de eius signis*, de Rodrigo de Enciso, que pueden haber servido para reforzar los cimientos de las relaciones entre los personajes analizados.¹³ Los dos diálogos estudiados reflejan, según he venido apuntando, una especial implicación de su autor en la transmisión del saber, compuesta a partes iguales de su voluntad de servicio, su empeño en dotar a sus ideas de una dimensión práctica y sus deseos de sobrepasar y a la vez permanecer dentro de los límites de lo permiti-

nuit ut omne genus scibile antequam adolescentiam excederet, et quod is ignoraverit sapiat nemo. Quare inter huius temporis mirabilia inclitus iste vir recte adnumeratur», p. 76.

¹³ Para una genealogía de la idea de amistad, incluida su conexión con la *charitas*, véase L. Pizzolato, *L'idea di amicitia nel mondo antico classico e cristiano*, Einaudi, Turín, 1993. De gran interés a este respecto es la tesis doctoral de C. Heusch, *La philosophie de l'amour dans l'Espagne du XV siècle*, Université de la Sorbonne Nouvelle-Paris III, París, 1992, 3 vols., en especial la segunda parte (pp. 164-416), donde se trata de «la valeur de l'amitié médiévale» y «l'amitié humaniste», todo ello en conexión con el *Breviloquio* de Alfonso de Madrigal. Hay edición moderna del texto de Núñez: C. Parrilla García, ed., *De amor y mecenazgo en el siglo XV español: El «Tractado de amiçia» de Ferrán Núñez*, Universidade da Coruña, La Coruña, 1996. El texto de Enciso «artium et theologie magistro canonico calagurritano» y archidiácono de la iglesia de Málaga, fue publicado c. 1504 en Logroño por Brocar y puede consultarse en la Biblioteca Nacional de Madrid, R/15.186.

do.¹⁴ Por otro lado, Ciruelo nunca se olvida del público receptor, y esta presencia callada condiciona el género y tono escogidos. Es evidente que el *Disputatorius* va dirigido a un sector o bien versado en astrología o bien con el suficiente interés en el tema como para ir aprendiendo a medida que se adentra en la discusión. De una forma algo menos sofisticada, el *Declarativus* quiere algo parecido: alcanzar y alentar a los neófitos, que se identificarán con *Puer*, y servir de repaso y acicate a los ya instruidos, que se reconocerán en *Adolescens*. Los dos textos se erigen en prueba fehaciente de las ideas postuladas: el primero confirma la superposición de la autoridad de Ciruelo a la de Sacrobosco, y el segundo es la demostración de que en siete días se puede aprender algo más que meros fundamentos de lógica.

Si llegar a considerar a Ciruelo como un humanista cumplido o un intelectual a la cabeza de las revoluciones científicas, es posible afirmar su modernidad en el contexto que le toca vivir, modernidad que arranca precisamente de cultivar, en combinación con un aplastante sentido común, los aspectos más característicos del vituperado nominalismo.¹⁵ En otras palabras, más que un radical es un posibilista, sobre todo tras su entrada en religión; su ser moderno no sólo arranca de una tópica adscripción a la *logica modernorum*, sino de haber sido fiel por un lado al ideal nominalista de la independencia de criterio, y por otro al constante ejercicio de su infatigable inteligencia. ¿Se sentiría Ciruelo en sus últimos años como un resto del pasado o un anacronismo viviente? ¿Se vería a sí mismo como un antiguo? Si ello fue así, desde luego no se transparenta en la popular *Reprovação de supersticiones y hechizierías* (1538). Gracias a la aproximación a sus dos diálogos latinos se confirma la posibilidad de seguir analizando estas y otras cuestiones aquí esbozadas. En futuros trabajos me dedicaré a comparar el concepto de amistad presente en estas obras de Ciruelo con el que se trasluce en otros textos dialogados del momento escritos tanto en latín como en romance.¹⁶

Curiosamente, y en el mismo escenario de la universidad parisina, las advertencias de Gerson ya iban por ese camino: «c'est à se rendre utile, en effet, qu'on se doit appliquer, bien plus qu'à se faire admirer», según cita P. Duhem, *Le système du monde*, p. 34. Ciruelo se consagra a lo primero, pero no puede evitar el dejarse llevar un tanto por lo segundo, como puede comprobarse por la manera en que sus textos contribuyen a fortalecer su imagen y reputación.

¹⁵ Véase E. Gómez-Sierra, «Home and away in Paris», pp. 84-85, nn. 6 y 7, para un resumen de las opiniones vertidas en torno a Ciruelo y sus condiscípulos.

¹⁶ Agradezco al Dr. J.C. Velasco Arroyo (CSIC-Instituto de Filosofía) y a Marta Gómez Mata su atenta lectura de esta comunicación, así como sus muy oportunas sugerencias.